

cia, querida Florencia, estás soñando ». Abrazó á su nueva mamá correspondiendo á sus caricias. Comenzaba á clarear la aurora cuando Edith se retiró á sus habitaciones. Por un momento dudó Florencia si era realidad lo que veía; pero sí, si lo era: amanecía y ya no quedaban en la chimenea sino cenizas negras de una lumbre apagada.

Así fué como la feliz pareja pasó la noche de su vuelta al hogar.

## CAPÍTULO XXXVI

### EL BANQUETE DE ESTRENO

Muchos días transcurrieron sin variación alguna, si no era por causa de las numerosas visitas que recibían y que iban devolviendo. Mistress Skewton tenía su corte matinal, siendo uno de sus cortesanos más asiduos el comandante Bagstock. Florencia no volvió á tropezar con la mirada de su padre, aunque le veía diariamente. Tampoco tuvo ocasión de hablar despacio con su nueva mamá, que era imperiosa y altanera con todos, excepto con ella — Florencia lo notaba. — Aunque siempre, al regresar de sus visitas, no dejaba Edith de enviar recado á Florencia llamándola ó yendo ella misma á buscarla; aunque siempre, antes de acostarse, subía Edith por la noche al cuarto de Florencia y siempre también, á cualquier hora, no perdía ninguna oportunidad de encontrarse con ella, aunque todo esto era evidente también lo era que al lado de su joven compañera estaba silenciosa y pensativa.

Florencia, que tantas esperanzas había fundado en el casamiento de su padre, á veces, comparando la brillante casa con la triste vivienda de antes, se pre-

guntaba si podría tener, al fin de una ú otra manera, lo que había oído que se llamaba un hogar. Porque aquello no era hogar, por más que el lujo y la abundancia resaltaran por todas partes : no era un hogar aquello y lo comprendía por un secreto presentimiento. Muchas horas de reflexión, día y noche, y muchas lágrimas por sus pérdidas esperanzas, costó á Florencia la reflexión de que su nueva madre no era capaz, según la había dicho, de conciliarla el amor de su padre. Pronto empezó Florencia á creer — ó tratar de creer, mejor dicho — que si su nueva madre la había prohibido aquel tema de conversación, era por lástima, por constarle, mejor que á todos los demás, la imposibilidad de vencer la resistencia de su padre. Pero como Florencia era desinteresada en esta circunstancia, como en todas las de su vida, se resignó, prefiriendo su sufrimiento á la posibilidad de que recayesen censuras en su padre. Hasta encontraba modo de sacrificarse por él : y en cuanto al hogar doméstico tenía la confianza de que pasado aquel periodo de transición, lo hallaría más agradable : pensaba poco en ella misma y menos aun se lamentaba.

Faltaba el hogar doméstico en esta familia, es muy cierto; pero era necesario que aparentemente mistress Dombey no careciera de este hogar : así quedó resuelto, de urgencia. De acuerdo mister Dombey con mistress Skewton formaron un plan de recepciones que debía empezar con una gran comida en celebración del matrimonio y para estreno de la casa. Quedó entendido que mistress Dombey recibiría una vez por semana y que ese mismo día mister Dombey y señora tendrían el honor de ser acompañados á la mesa por cierto número de convidados,

escogidos entre sus diferentes relaciones, bastante discordantes, por cierto.

Mister Dombey formó la lista suya, en la que figuraban los magnates del dinero. Mistress Skewton en nombre de su querida hija y puesto que ésta menospreciaba tales cosas, compuso otra listita en la que figuraban personas de la alta sociedad, sin que faltara, claro está, el primo Feenix, quien con detrimento de sus personales intereses todavía no se había vuelto á Baden-Baden. En esta lista aristocrática se incluía una gran variedad de mequetrefes de todas condiciones y edades, que habían revoloteado en torno de su hija y hasta de ella misma aunque felizmente sin quemarse las alas. Florencia fué incluida como persona de la familia, por orden de Edith y no sin alguna vacilación en mistress Skewton. Florencia lastimada por esta duda, pero deseosa de evitar disgustos á su padre, aceptó en silencio las resoluciones adoptadas.

Comenzó la fiesta por la entrada de mister Dombey en el salón, una hora antes de la señalada para el banquete. Encorbatado de una manera prodigiosamente rígida se puso á pasear de un lado á otro y ya no se detuvo hasta la hora de la comida. A la hora exacta llegó el director de la compañía East India, hombre inmensamente rico, portador de un chaleco que parecía obra de carpintero, pero que en realidad era de sastre y no de madera sino sencillamente de nankin. Mister Dombey salió al encuentro de este caballero y así ya fueron dos en la sala. Segundo acto de la fiesta : mister Dombey mandó recado á mistress Dombey recordándola, de la manera más cumplida, que era la hora de recibo. El director de la East India no tenía nada que decir, mister

Dombey tampoco; de modo que ambos se quedaron contemplando la lumbre en espera de que alguien los sacara del paso. Este alguien fué mistress Skewton á quien el director tomó por mistress Dombey cumplimentándola en este concepto con el mayor entusiasmo.

Llegó después el director de un Banco, personaje tan poderoso que era capaz de comprarlo todo, hasta el género humano caso de que se le antojara cotizarlo en Bolsa: esto no le impedía ser un modestísimo señor, tan modesto que resultaba vanidoso: así habló de su *casita* de Kingstons, junto al Támesis, donde tendría mucho gusto en recibir á mister Dombey y ofrecerle humilde lecho y frugal mesa si quería favorecerle con su estancia. En cuanto á las señoras, añadió que sería presuntuoso en él invitarlas precisamente, pero que si mistress Skerwton y su hija mistress Dombey pasaban alguna vez por allá le honrarían muchísimo dignándose dar un vistazo al bosquecillo, al jardinito, al pobre invernadero de piñas y otras menudencias de este orden. Completando la sencillez de su carácter, aquel ricacho iba vestido con llaneza: un gran pañuelo de batista, por corbata, un frac que le estaba muy ancho, un pantalón que le estaba muy estrecho y unos zapatos ordinarios. Mistress Skewton habló de la Opera: el hombre modesto dijo inmediatamente que él iba muy poco á la ópera, porque era un espectáculo demasiado costoso para su posición. Sin duda tenía grande complacencia en empequeñecerse de este modo porque cada vez que sorprendía á su auditorio con estas salidas miraba á todos con ojos chispeantes, cruzadas las manos por detrás.

Al fin se presentó mistress Dombey, hermosa y

altiva, desdeñosa como si la corona nupcial que ceñía su frente fuese una guirnalda de puntas de acero que se le clavasen para hacerla doblar la cabeza y no lo consiguieran. Con ella entró Florencia. Al verlas juntas se alteró el semblante de mister Dombey lo mismo que la primera noche allí pasada á su vuelta del viaje. Pero no lo vieron ni una ni otra. Florencia no se atrevía á levantar los ojos; y, en cuanto á Edith, su indiferencia, respecto á su marido, era absoluta.

Los invitados iban llegando, por momentos, en número. Directores de compañías, presidentes de consejos de administración de sociedades, señoras de edad con la cabeza cargada de flores, primo Foenix, el comandante Bagstock, amigas de mistress Skewton con la misma tez brillante que ésta y con muy preciados collares en sus cuellos enjutos. Entre ellas había una jovencita de sesenta y cinco primaveras, vestida de manera tan leve que daba frío verla los hombros y la espalda: hablaba con ceceo insinuante, parpadeando como si no pudiera tener quietos los ojos, con esa movilidad de maneras, en fin, y ese aturdimiento que constituyen el encanto indefinible de la edad temprana. Como la mayor parte de los invitados por la lista de mister Dombey eran muy taciturnos y la mayor parte de los de mistress Dombey eran muy habladores, no había entre unos y otros términos de avenencia: de modo que por un efecto magnético los de mistress Dombey se reunieron en haz contra los de mister Dombey que andaban errantes y desesperados de habitación en habitación, ó buscando refugio en los rincones, tropezando con la gente que entraba, atrincherándose detrás de los sofás, recibiendo portazos en la cabeza y su-

friendo, en una palabra, toda especie de contratiempos.

Para pasar al comedor, mister Dombey ofreció el brazo á una señora vieja que parecia un acerico de terciopelo carmesí, relleno de billetes de banco. Primo Feenix dió el brazo á mistress Dombey; el comandante Bagstock á mistress Skewton. La joven del ceceo se cogió al brazo del director de la East India, produciendo en su ánimo el efecto de un matacandelas. Las demás señoras se quedaban en el salón, sobrantes : por fin algunos temerarios se atrevieron á ofrecerlas el brazo é intrépidos asaltaron el comedor dejando atrás únicamente siete tímidos que no sabían qué hacer en el pasillo. Cuando todos estuvieron sentados uno de los siete pusilánimes osó entrar en el comedor, sonriente y confuso; escoltado por el sumiller se lanzó al descubrimiento de su sitio, lo que logró á las dos vueltas en derredor de la brillante mesa: se sentó y ya no volvió á levantar la cabeza en toda la noche.

El espacioso comedor, con tanta gente en derredor de la brillante mesa, moviendo las brillantes cucharas, tenedores, cuchillos, platos, parecia una exposición de orfebrería, de oro y plata. Mister Dombey estaba admirablemente en carácter, como expositor y el centro de mesa que le separaba de mistress Dombey y en el cual dos cupidos, uno por cada frente, ofrecían manojos de flores sin aroma, era una perfecta alegoría.

El primo Feenix se encontraba en la plenitud de sus facultades de ingenio : estaba rejuvenecido, hecho un pollo. Desgraciadamente la memoria, lo mismo que las piernas, le desamparaba de vez en cuando. En esta ocasión hizo temblar á todos los presentes. He aquí cómo. La joven de las sesenta y cinco pri-

maveras que miraba á Feenix con sentimientos de ternura, se las había compuesto de modo que estaba sentada junto á éste. En cambio el director de la East India se había quedado al otro lado de la mesa, á la sombra de una tenebrosa toca de terciopelo negro puesta en lo alto de una mujer huesosa y muda, provista de abanico, y allí estaba entregado á meditaciones que no parecían muy alegres. Los que si parecían muy contentos eran primo Feenix y la jovencita en cuestión : tanto se reía ésta escuchando lo que la decía el primo Feenix que el comandante Bagstock preguntó de parte de mistress Skewton si no podría hacerse público aquel diálogo.

— ¡Oh! no tiene nada de particular — dijo Feenix — no vale la pena de repetirse : se trata de una anécdota de Jack Adams. Estoy seguro de que mi amigo Dombey se acuerda de Jack Adams — añadió Feenix en medio de la expectación general, — Jack, el chiquito, que era bizco y un poco tartamudo. No recuerdo por qué rincón era diputado. En el Congreso le llamábamos *el precursor* porque era diputado para guardar el sitio á un jovenzuelo, que aun no tenía la edad para ser diputado pero, sí el distrito. Le conoció usted, Dombey, ¿no es cierto?

Mister Dombey que tanto conoció á este individuo como á Perico de los Palotes, contestó á Feenix haciendo una señal negativa; pero uno de los siete señores tímidos surgió inesperadamente diciendo que él sí le había conocido y añadió. — « Por cierto que siempre gastaba botas de Hesse. »

— ¡Precisamente! — dijo primo Feenix inclinándose sonriente para alcanzar á ver al señor tímido, allá, en una punta de la mesa. — Precisamente : ese era Jack : su hermano Joe llevaba...

— Botines — interrumpió el hombre tímido ganándose la estimación general en un instante.

— Ciertamente — dijo primo Feenix — ¿ha sido usted amigo suyo?

— He conocido á los dos hermanos — dijo el tímido.

Con esto le hizo míster Dombey el honor de levantar el vaso bebiendo á su salud.

— Un bonachón, el amigo Jack ¿eh? — dijo Feenix inclinándose otra vez para ver á su interlocutor.

— Excelente — contestó el señor tímido envalentonado por el buen éxito — uno de los hombres más bonachones que he conocido.

— Usted conocerá la anécdota, de seguro — dijo Feenix.

— Tal vez — contestó el tímido envalentonado — pero no lo puedo saber mientras su señoría no la cuente.

Dicho esto se recostó en la silla sonriéndose y mirando al techo, como si supiera de memoria lo que iba á contar Feenix y ya le retozara la risa.

— En rigor, no se puede calificar esto de anécdota — dijo primo Feenix dirigiendo la palabra á la reunión y moviendo graciosamente la cabeza — y no merece ni una palabra de prefacio. No es más que un rasgo del carácter de Jack. El caso es que Jack fué invitado un día á una boda, si no me acuerdo mal en *Barkshire*...

— *Shropshire* — rectificó el tímido envalentonado pensando que le consultaba Feenix.

— Lo mismo da. De todas maneras se trataba de un *shire* (1). Digo, pues, que habiendo sido invitado

(1) *Shire*, condado, es la división administrativa de la Gran Bretaña, equivalente á las provincias ó departamentos en otros

mi amigo á una boda en *Unshire* — y Feenix se rió de su ingeniosidad en el nombre — allá fué, lo mismo que hemos hecho nosotros los honrados con la invitación al matrimonio de mi querido amigo Dombey. Allá fué Jack. Por supuesto, debo decir á ustedes que la novia era una mujer bellísima y que se casaba con un hombre que no la inspiraba absolutamente nada : lo que hay es que este hombre era riquísimo y ella lo aceptaba por eso, por su mucho dinero. Regresó Jack á Londres y he aquí que se encuentra en el salón de conferencia del Congreso con un amigo, que también conocía á los novios y que le dice : « ¿Qué tal Jack? ¿cómo va la pareja mal emparejada? » — « ¿Mal emparejada? (contestó Jack), de ningún modo : ambos están de igual á igual : ella se ha puesto en venta, cara : y él la ha comprado, estoy seguro que pagando su precio.

Este era el punto culminante en que Feenix esperaba un efecto de risas; pero no; lo que hubo fué un estremecimiento eléctrico que se sintió en toda la mesa y que atacó al mismo Feenix dejándole parado. Nadie se atrevió á rechistar. Hubo un silencio amenazador. El hombre tímido, tan inocente de aquella historia como un recién nacido, sufrió la pena de ver que todos los ojos le miraban como á causante y promovedor de aquel dislate.

Pero no se alteraba el rostro de míster Dombey por tan poco : se había revestido de su mayor solemnidad para la fiesta y no era posible que hiciera mella en él ninguna especie de emociones. En medio del si-

países. *Barkshire*, condado de Bark : *Shropshire*, condado de Shrop. Hacemos la versión de *Anyshire* en *unshire* que es exactamente el juego de palabras *Any — shire = un — condado*. (N. del T.)

lencio general fué mister Dombey quien puso epílogo á la anécdota diciendo: « ¡Muy interesante! » Edith dirigió una rápida mirada á Florencia; pero siguió fría, impasible, indiferente.

En medio de una sucesión prolongada de manjares y vinos, de inacabable vajilla de oro y plata, de todo lo que podía dar la tierra, el agua, el aire, el fuego, sin que faltara cierto artículo, innecesario en banquetes de mister Dombey — el hielo — pasó el tiempo. Antes de concluirse el banquete empezaron á llegar los invitados á la recepción subsiguiente: era un murmullo cada vez más ruidoso. Mistress Dombey se levantó: mister Dombey se adelantó para abrir y tener abierta la puerta del comedor mientras salían las señoras. Y fué de ver cómo pasó Edith por delante de su marido lo mismo que si no hubiera habido nadie y llevando, cogida por el brazo, á Florencia.

Cuando se quedaron en el comedor los hombres solos, mister Dombey tornó á su dignidad. El director de la East India quedó aislado, como en un islote, al cabo de la mesa. El comandante Bagstock se puso á contar marcialmente sus historietas sobre el duque de York á los seis hombres tímidos (el otro el ambicioso, estaba definitivamente aniquilado). El director de Banco, rodeado de una porción de admiradores, les explicó humildemente el plan de su invernaderito de piñas trazando su planta con unos cuantos cuchillitos de postre. El primo Feenix estuvo un rato pensativo estirándose los puños de la camisa y ajustándose, disimuladamente, la peluca. Pero pronto cambió aquella escena, pasando todos al salón donde se servía el café.

Había grande concurrencia en los salones del primer piso y á cada momento llegaban nuevos invita-

dos; pero la lista de mister Dombey seguía sin poderse amalgamar con la de mistress Dombey, separándose los dos bandos. La única excepción parecía ser mister Carker, que sonreía á unos y otros: iba al corro que rodeaba á mistress Dombey, atento á ella, á su jefe, á Cleopatra, al comandante, á Florencia, á todos, sin marcar preferencia ni exclusión y muy amable.

Sin embargo, Florencia le tenía miedo: verle en el salón era para Florencia como una pesadilla. No podía librarse de aquel sentimiento de terror porque, sin querer, se le escapaban las miradas hacia Carker como fascinada por el mismo disgusto que el verle la causaba. Mas no por esto carecía de otros pensamientos; al contrario estaba preocupada, allí, en un rincón, donde no la veían ni á nadie llamaba la atención, sentada y sin participar de la fiesta. Pensaba en la escasa parte que su padre tomaba en esta misma fiesta, lo disgustado que parecía hallarse, el poco caso que le hacían. Cerca de una puerta, permanecía mister Dombey en espera de aquellos invitados á quienes quería distinguir con su presentación á mistress Dombey. Y veía Florencia de qué manera tan displicente acogía Edith á las personas presentadas, sin contestar ni una palabra á sus cumplidos, sin tener ni sonrisa ni ademán complaciente: perpleja Florencia no comprendía que Edith fuera cariñosa con ella, tratando á los demás de este modo y hasta la dolía presenciar aquel contraste.

Feliz hubiera sido Florencia si se hubiera atrevido á estar al lado de su padre. Pero también lo era con no conocer la verdadera causa del malestar que estaba viendo. Temía que sus pensamientos se notaran: así no se atrevía á levantar los ojos ni á su padre ni á Edith. Inquieta y desesperada por ambos,

con serenidad discurría cuánto mejor hubiera sido que aquella casa siguiera solitaria, que nunca hubiese conocido la esplendidez del lujo y que la niña abandonada, en lugar de tener en Edith una amiga hubiera continuado sin inspirar compasión y en el olvido.

Mistress Chick pensaba también algo de esto, pero no desenvolvía tranquilamente sus ideas. Considerábase ofendida en primer término por no haber sido invitada á comer : lo había sido á la recepción nada más, y gracias. Muy mal le había sentado aquello, pero en fin casi repuesta del agravio se había metido en unos gastos imposibles para presentarse con un traje que produjera sensación y matase de envidia á mistress Skewton.

— Estoy indignada — dijo mistress Chick á su marido. — Tan poco caso hacen de mí como si yo fuese Florencia. ¿Quién me atiende? Nadie absolutamente.

— Nadie, querida — dijo mister Chick muy de acuerdo con su mujer. Estaba sentado junto á ella sin importársele la gente y como de costumbre silbando una tonada, bajito.

— ¿Diría alguien que hago alguna falta aquí? — exclamó mistress Chick echando chispas por los ojos.

— No, querida, no lo diría nadie — contestó mister Chick.

— ¡Pablo está loco! — dijo mistress Chick.

Mister Chick silbó.

— Si no es usted un monstruo, como algunas veces me inclino á creer que lo es — dijo mistress Chick con candor — déjese usted de zumbiar en ese tono. Es increíble que pueda haber un hombre capaz de

ver tan sin cuidado esa visión de suegra, vestida de manera tan llamativa, cogida al brazo del comandante Bagstock, otra preciosidad que debemos á tu Lucrecia Tox...

— ¡Á mi Lucrecia Tox!... dijo — mister Chick asombrado.

— Si señor, á la suya — repuso con severidad mistress Chick. — Y yo pregunto, si es posible ver á esa señora suegra de Pablo y á esa envanecida señora esposa de Pablo y á todas esas indecentes viejas con las espaldas y los hombros desnudos, sin que se sienta una indignada... Yo no entiendo lo que pasa en esta casa : no lo entiendo, gracias á Dios!

Mister Chick estimó que ante aquella agitación de su mujer era lo prudente callarse : por consiguiente se quedó en actitud contemplativa.

— Pero yo ya sé lo que se me debe — dijo mistress Chick rebotando de indignación — si á Pablo se le olvida, á mí no. ¡No faltaba más, sino que á una persona de la familia, como yo lo soy, se la pudiera pisotear! No, señor Dombey, todavía no — añadió mistress Chick como si ese todavía significase que hoy era prematuro lo de pisarla; que eso podría ser mañana — yo no puedo tolerar esto y prefiero marcharme. No digo (aunque soy dueña de pensar lo que quiera) no digo que haya intención de humillarme y de insultarme. Pero me voy. Ne me echarán de menos.

Mistress Chick se puso de pie al pronunciar estas palabras, hizo lo mismo su marido y cogidos del brazo salieron al recibimiento, á la hora y media de haber entrado en el salón : hora y media pasada en la penumbra. Preciso es hacer justicia á la penetración de mistress Chick : efectivamente, nadie la echó de menos.

Mas no fué ella la única persona indignada entre los invitados. La lista de mister Dombey, en dificultades incesantes con la lista de mistress Dombey, estaba, por unanimidad, indignada contra sus adversarios, tipos que miraban con lentes y se preguntaban en voz alta para que lo oyeran los de mister Dombey, qué gente era ésta. La lista de mistress Dombey se aburría y la joven de los hombros desnudos, privada de las atenciones del galante Feenix (que se marchó al concluirse el banquete) confidencialmente dijo á treinta ó cuarenta de sus amigas que aquello era un fastidio insoportable. Todas las viejas coronadas de flores tenían motivos para quejarse, más ó menos, de mistress Dombey. Los directores y presidentes estaban de acuerdo en declarar que si mister Dombey había sentido la necesidad de casarse hubiera podido hacerlo con señora más proporcionada á su edad aunque hubiera sido menos guapa, y también más en armonía con su posición pecuniaria. La opinión general entre los hombres de esta clase era que mister Dombey había incurrido en una debilidad de la que no tardaría en arrepentirse. Puede decirse que de todos los invitados nadie, excepto los señores tímidos, se retiró satisfecho de la acogida de mister Dombey ó de mistress Dombey. Más aún, los mismos hombres tímidos experimentaron un cambio en su naturaleza, sea porque bebieran demasiado, sea porque se contagiaron con el ambiente de disgusto: el caso es que se permitían bromas entre ellos y se burlaban de la reunión en la escalera y los pasillos. El descontento y la molestia se había extendido hasta la servidumbre, tan poco divertida como los mismos invitados. Los lacayos que estaban á la puerta decían que la reunión parecía un entierro, con

la única diferencia de que nadie estaba de luto y de que á nadie le tocaba nada del testamento.

Por último se retiraron todos, incluso los criados. La calle quedó libre de la multitud de carruajes que esperaban á los invitados, cesó el ruido, se apagaron las luces, no quedaron más que algunas bujías á cuya débil claridad estaban mister Dombey y Carker hablando en un rincón, mistress Dombey y su madre en otra esquina, Edith sentada y su madre reclinada como siempre á lo Cleopatra. Mister Dombey concluyó las instrucciones que estaba dando á su empleado y éste se acercó á las señoras para despedirse, en actitud humilde.

— Deseo que la fatiga de esta deliciosa reunión no se deje sentir mañana en mistress Dombey — dijo Carker.

— Mistress Dombey — dijo á su vez Dombey — ha economizado tanto su fatiga que no hay razón para inquietarse á este respecto. Siento mucho verme obligado á decir á usted, señora, que hubiera deseado ver á usted cansarse un poco más en esta circunstancia.

Edith contestó nada más que con una mirada arrogante, volviendo luego la cabeza.

— Siento mucho, señora — prosiguió mister Dombey — que no haya usted considerado como deber suyo...

Edith volvió á mirar á su marido.

— Como deber suyo — repitió mister Dombey — el recibir á mis amigos con un poco más de deferencia. Algunas personas de las que ha tenido usted á bien no hacer caso, honran á usted, puedo asegurárselo, con venir á su casa.

— ¿Sabe usted que hay alguien presente? — dijo Edith mirando á mister Dombey.



— No, Carker, no se vaya usted : no quiero que se vaya — dijo mister Dombey deteniendo á Carker que prudentemente se iba. — Mister Carker, señora, creo que ya lo sabe usted, tiene toda mi confianza. Conoce tan bien como yo mismo el asunto de que se trata. Debo decir á usted, para su informe, que entre las personas que han venido aquí esta noche hay algunas de tan alta importancia que su presencia me honra á mí mismo.

Dicho esto mister Dombey se sentó en un sillón como si ya, después de aquella manifestación suya, no hubiera nada absolutamente que añadir en punto á la elevadísima importancia de sus invitados.

— ¿Sabe usted que hay alguien presente? — repitió Edith fijando su desdeñosa mirada en Dombey.

— Permítame usted — dijo Carker á mister Dombey — ruego á usted encarecidamente que me deje marcharme. Por leve é insignificante que sea esta diferencia...

Mistress Skewton que no había quitado la vista de su hija, interrumpió á mister Carker, diciendo :

— Querida Edith y usted también, querido Dombey, nuestro excelente amigo señor Carker, porque estoy segura de qué puedo llamarle amigo...

— Muy honrado, señora — murmuró mister Carker.

— Pues bien nuestro excelente amigo ha empleado las palabras, justas, que yo estaba deseosa de decir : leve é insignificante. Querida Edith, querido Dombey, ya sabemos que cualquiera diferencia entre ustedes dos... No, Flowers, todavía no.

Flowers era la camarista de mistress Skewton, que ante la negativa de su ama se retiró precipitadamente.

— Ya sabemos que cualquiera diferencia entre ustedes — continuó Cleopatra — dado el no común corazón que tienen y el encantador vínculo de pensamientos que les une, cualquiera oposición entre ambos no puede ser más que leve é insignificante. ¿Qué palabras más adecuadas que éstas? Ninguna. Por esto me complazco en aprovechar esta ocasión — esta ocasión tan fútil, tan desprovista de la menor trascendencia, y en la cual aparece la natural diversidad de caracteres, la individualidad que forzosamente ha de existir en todos nosotros — para decirles, con la emoción propia de una madre, saltándoseme, si, las lágrimas, que no concedo valor alguno á todo esto y que, diferenciándome de las suegras, ¡suegra! ¡qué odiosa palabra! diferenciándome, querido Dombey, de las suegras tales como el mundo las presenta, no pienso interponerme nunca entre ustedes, en ningún caso. Después de todo, no estoy lejos de considerar que esta pequeñísima discordancia entre ustedes viene á ser como un suave chispazo de la antorcha de... de como se llame, no es Cupido, no, esa otra deliciosa criatura.

En la mirada que la buena madre dirigió á sus dos hijos se podía notar una maliciosa expresión, como si tan larga perífrasis encerrase el propósito de echarse enteramente fuera de las cuestiones entre ellos con pretexto de afectuosa neutralidad.

— He manifestado á mistress Dombey — dijo mister Dombey de la manera más pomposa — lo que me ha parecido mal en su proceder : espero que sabiéndolo se corrija. — Y haciendo señal con la cabeza, añadió. — Buenas noches, Carker.

Carker hizo una reverencia á Edith, cuyos ojos estaban clavados en la cara de su marido, se detuvo al

pasar junto á Cleopatra y llevó á sus labios la mano que ésta le tendía.

Si la hermosa mujer hubiera reprochado algo á su marido, si hubiera hablado alguna palabra, ahora que estaban solos (Cleopatra se marchó apresuradamente) podría haber discutido mister Dombey. Pero no; no tenía ni este recurso Dombey: no podía hacer nada para defenderse del desdén increíble, del menosprecio profundísimo con que su mujer se sentó frente á él, mirándole y luego retirando su mirada como si le fuera indiferente hasta el tenerle en su presencia. Aquella resolución inflexible, aquella concentración de orgullo, le dejaron completamente aterrado.

¿Fué harto cobarde para ir, una hora después, á ponerse en acecho de su mujer, en la escalera, en el mismo sitio desde donde vió, años atrás, á Florencia subiendo despacito con Pablo? ¿Ó fué nada más que una casualidad el que se encontrara en aquel sitio y viera salir á Edith del gabinete de Florencia, llevando una luz en la mano á cuya claridad distinguió que el rostro, para él altanero, había cambiado de expresión?

Pero, por cambiado que estuviera aquel rostro aun lo estaba más el de Dombey. Nunca, ni aun en su más alto grado de engreimiento y de pasión, conoció Dombey una sombra tan densa como la que cayó sobre él la noche de su vuelta, cuando estuvo sentado en el rincón oscuro. Pero aun tenía que ennegrecerse más esta sombra, en este otro momento al mirar á Edith, saliendo del gabinete de Florencia.

## CAPÍTULO XXXVII

### VARIAS ADVERTENCIAS VALEN MÁS QUE UNA

Florencia, Edith y mistress Skewton estaban juntas al día siguiente, y el carruaje las esperaba á la puerta. Withers, como ya no tenía que empujar el sillón de ruedas, engordaba. Su única ocupación era estar detrás de la silla de su ama, mientras ésta comía, tieso y vestido con una chaquetilla color de buche de paloma y un pantalón marcial. Tenía bien dado de pomada el pelo, usaba guantes de cabritilla y olía á agua de Colonia.

Estaban en el cuarto de Cleopatra. La serpiente del Nilo (sea dicho con respeto) estaba en el sofá, saboreando el chocolate del desayuno á las tres de la tarde. Flowers la doncella, se ocupaba en acomodar los vuelillos y escotes al juvenil traje de su ama, en dar la última mano al tocado plantando el sombrero de terciopelo, de color de melocotón, con rosas que agitaba la parálisis como si fuera suave brisa.

— Me parece que estoy algo nerviosa esta mañana Flowers — dijo mistress Skewton — me tiemblan las manos.

— Ha sido usted el alma de la recepción, ayer no-